

LA NOCHE-BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO.

DELIRIO FILOSÓFICO.

El núm. 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario vispera de desgracia; y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las visperas de incendios, así yo desde el día 23 me prevengo para el siguiente día de sufri-

miento y de resignacion; y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree.... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, á lo ménos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola; y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil, hasta que al fin, por la mañana, vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 habia de ser *día de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte, incliné la fren-

te, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusion. Ora volvia los ojos á los cristales de mi balcon: veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal. Así se empaña la vida, pensaba; así el frio exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos.....

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, áun sin

sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo; al ménos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta!*

¡Las cuatro! ¡La comida! me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era dia de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas: tenian el busto de los monarcas de España. Cualquiera diria que eran retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo, y come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los natu-

ralistas han tenido la bondad de llamar racional, sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y me planté en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: hoy es un aniversario: y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestión. ¡Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá!

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la Plaza, tan indispensable-

mente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulero. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo ménos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roída llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigia á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvenccion y la culpa; aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demas.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en

congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza. Ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al catorce, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha grosto se ha apoderado del imbécil como imaginé; y el

asturiano ya no es un hombre; es toda verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores; algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos mas humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La ver-

dad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al traves del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

— Aparta, imbécil; exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venia sobre mí. ¡Oiga! está ébrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrimme, cerró la de mi habitacion, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por que misterio mi criado encontró entónces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó. Misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales; ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozeo yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi

astur, y que han roto, sin embargo, á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho. Tal me ha pasado: yo no escribo para los que dudan de mi veracidad. El que no quiera creermme puede doblar la hoja. Esto se ahorrará tal vez de fastidio; pero una sola voz salió de mi criado, y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecoigido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrimte todas las noches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal, la justicia no

te prende al ménos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado, y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales, y hay un acusador dentro de tí; y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.
—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete

que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes, en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozás, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír á costa de un amigo, si amigos hubiera; y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¡A mí quién me calumnia! ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á tí te paga el mundo, como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado; y el día que te apoderes del látigo, azotarás como te

han azotado. Los hombres de mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinion, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulacion: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

— ¡Basta, basta!

— Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros, hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazon, y vas, y lo arrojas á los piés de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla.

Confias tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

— Por piedad, déjame, voz del infierno.

— Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿Política, gloria, saber, poder, riquezas, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña; y si no es feliz, no es desgraciado, no es al ménos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas; pero no te mandas á tí mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ébrio de vino, es verdad, pero tú lo estas de deseos y de impotencia...!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo habia caído al suelo; el órgano de la Providencia habia callado, y el asturiano roncaba. ¡Ahora te conozco, exclamé, dia 24!

Una lágrima preñada de horror y desesperacion surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacian, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos

y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¡Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *Noche-buena* era pasada y el mundo todo, á mis baibas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *Noche-buena*.

ARTÍCULOS POLÍTICOS.

LAS CIRCUNSTANCIAS.

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la causa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias, que, dice, le han traído á ménos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que, por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decía así la carta:

•Señor Figaro. — Muy señor mio: A usted, señor Figaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted, por sus escritos, hombre de esos que han vivido más de lo que les queda

que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mia. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso río.

•Mi padre era inglés y rico, señor Figaro; pero hallábase aislado en el mundo. Era naturalmente metido en sí, y sólo un amigo tenía: antojósele á este amigo entrometerse en una conspiracion, confió á mi padre varios papeles importantes, descubrióse la conspiracion, y ambos tuvieron que huir. Vinose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió á una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y ántes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiracion, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Figaro, á Eduardo Priestley, humildé servidor de usted, cuyo destino debía haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde

pequeñito. Mi madre era mujer de rara penetracion y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo; y en darme toda la educacion que se podia dar entónces en España, consumió el poco caudal que la dejára mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar, á que querian destinarme, estudié leyes en la Universidad; pero puedo asegurar á usted que, á pesar de eso, hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Figaro, despues de haber sido gran abogado hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el Consejo de Castilla me hubiera recogido, al fin de mis dias, en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Habia un Napoleon en el mundo, y fué preciso que éste quisiera ser emperador y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

•Yo tenía sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgia más. ¿Qué remedio? Dejé, como fray Gerundio, los estudios, y me metí á predicador; es decir, me hice militar en

obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servía. Yo, señor Figaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servía, pues, para casado, ni nunca pensára en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que, gozando, por sus relaciones de familia, de algun favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme sólo en el mundo, y en ocasión en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las Cortes de Cádiz, recogíendome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinación de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general, segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndose los muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no queria ir. Allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastára para acabar con

un hombre. Ya ve usted que yo no tenía la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien, contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entónces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano. Hice artículos contra aquel gobierno; y como entónces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí várias estocadas de unos cuantos aficionados que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fui á reunirme con los de la fe: dijéronme allí que las circunstancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las Cortes de Cádiz; y no me ahorcaron por mucho favor.

No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde, en calidad de liberal, me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino, por fin, la amnistía, señor Fí-

gare. ¡Eh! gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento; mis luces son conocidas; soy útil..... Pero ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegára á hacerme visible para el poder, acaso lograria: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ujieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojadados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! — Cien memoriales he dado; otras tantas espaldas he visto. — «Deje usted; verémos si estas circunstancias se fijan», me dicen los unos. — «Espere usted, me responden los otros: ¡hay tantos pretendientes en estas circunstancias!» — Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

«Esta es, señor Fígaro, mi posición: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre aje-

no de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. — De usted, señor Fígaro. — Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias.»

No puedo ménos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio; si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que miéntas haya hombres, la verdadera circunstancia es intrigar, estar bien emparentado, lucir más de lo que se tiene, mentir más de lo que se sabe, calumniar al que no puede responder, abusar de la buena fe, escribir en favor, y no en contra del que manda, tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres, mirarlos de pueras adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos, cultivar la amistad de las

bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes á fuera, y eso de las cosas que puedan servir.....

Pero, Santo Dios, gritará un rígido moralista. ¡Qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!! — Figaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Figaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazon humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó, tomándolas como vienen, sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son, por consiguiente, las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

LAS PALABRAS.

No sé quien ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan: un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demas, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Bufon y Valmont de Vaumare, me dijese qué animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aquí precisamente la razon de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista: y hé aquí precisamente la de su inferioridad, segun pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente

presa, con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva que está por satisfacer.

Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar; y apártese usted algun tanto, no sea que si lo entiende, le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérselo á usted. El tigre necesita devorar al gamo; pero seguramente que el gamo no espera á oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón: á la simple vista huye el primero del segundo, y este es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar, necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás; á quienes creen que importan. El leon más fuerte

subirá á un árbol y convencerá á la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él: y no será lo peor que el leon lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio: el noble bruto que dormía tranquilamente las veinte y cuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano, á quien sólo mataba para comer, matarále despues por una cinta blanca ó encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambicion; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia; querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno sólo, aficion que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar á uno sólo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna; allá no habrá

diferencia de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusion, los animales, como no tienen el uso de la razon ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados, no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué indole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinion, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. — Dígame usted que tiene talento. — ¡Cierto! exclama en su interior. — Dígame usted que es el primer sér del universo. — Seguro, contesta. — Dígame usted que le quiere. — Gracias, responde de buena fe. — ¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígame: *te llevo á la gloria*: irá. — ¿Quiere usted mandarle? dígame usted sencillamente: *yo debo mandarte*. — Es indudable, contestará.

Hé aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. *El*

*hambre ¡oh lobos! decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre!... — Mentira, gritarán los lobos... al redil; el hambre se quita con cordero... — La hidra de la discordia, ¡oh ciudadanos! dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte: el orden de hoy más será la base del edificio social: ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo, qué horizonte: el iris de paz (que no significa paz) luce despues de la tormenta (que no se ha acabado): de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomun... etc., etc. ¿Ha dicho usted hidra de la discordia, justicia, procomun, horizonte, iris y legalidad? Ved en seguida á los pueblos palmoear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. — ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.*

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusion: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!